

cuadro es ruedo. ¡Al demonio la Divina Proporción! Y solo, frágil, en medio de la amarilla inmensidad, el torero se enfrenta a una suerte mortal. El impacto sobre el espectador es seguro... y brutal. El público, en el plano superior, es apenas una mancha grisácea y anónima. Uno piensa: "¡Qué realismo! ¡Y con qué mínimo de líneas y esfuerzos!" Coffeen capta mucho más que epidermis: así debe sentir al mundo el mataor...

Dramatismo que recordaba a Estrada, mexicanísimo, El Velorio —serie de tres cuadros, de los cuales vi uno— muestra a la madre; manchas de ropa talar, rostro de bronce sin rasgos ni gestos —sin dolor pintado en el rostro—, con la hija muerta, rígida ya, entre los brazos; niña vestida de blanco —"angelito"— y coronada de flores, delante de un fondo violentamente cromático, en un sitio desnudo de mobiliario, como siempre, como siempre...

Coffeen es lo anti-barroco. Se lo dije y sonrió aprobatoriamente. No tiene miedo al vacío, pero ese vacío traspasa el espacio plástico y penetra en el corazón como un vacío existencial, como un "estar solo en el mundo": la madre con su muertita; el torero con su suerte —y, quizá, con su muerte—.

Además de los paisajes y las figuras humanas en interiores desnudos, Coffeen ha incursionado en el retrato, sobre todo, femenino y en él la presencia de México también se encuentra presente: los rostros tienen enormes ojos rasgados, más orientales que occidentales; las bocas

son carnosas, jugosas, como frutos tropicales en sazón; las cejas altas y finas de los cuarentas. Las manos son extraordinariamente finas: largas, delgadas, manicuradas, ociosamente burguesas. Y las blusas, de chermousse, con sus brillos que apuntan mejor los puntiagudos y elevados senos; con su textura de seda barata, con su aire popular contrastando con las manos tan violentamente como contrasta el color.

Y para cromatismos sin límite, nada mejor que las naturalezas muertas con flores de tonos inverosímiles — que luego descubre uno en el patio cubierto de macetas —. O los cuadros que presentan, en *blow-up* una flor gigantesca, del tamaño del lienzo; toda pétalos sin pistilos, toda brillos y guindas y fucsias y naranjas y rosas de papel de China y festival de pueblo...

Como el inmenso Ojo de Dios —también verde— que no cupo en la tela— y en esta desproporción, Coffeen sí es barroco— porque parece visto con lente de aumento, con sus pelillos de lana en el entramado huichol.

México se vuelca en los lienzos de Coffeen sin exotismos. La azotea de Artes Plásticas es un mirador óptimo para captar, con pinceles, el cielo nocturno de la ciudad; con sus antenas, sus luces de focos comunes y corrientes; sus otras azoteas... Cualquier cosa sirve de modelo y la dignifica a partir de la mirada experta del artista que sabe trasladar al cuadro la esencia destilada, minimizada, esquemática, de la plasticidad.

Coffeen comenzó su labor docente en la Escuela de Ar-

tes Plásticas en 1952. Hace alrededor de quince años, recibió su nombramiento como Profesor de Tiempo Completo y actualmente la Universidad lo ha eximido de su carga horaria para que siga pintando, lo que le ha ocupado siempre entre cinco y seis horas diarias.

Sus cuadros se han presentado en exposiciones individuales en la ciudad de México, en la Galería de Arte Moderno; en San Francisco, Calif., en la Rotunda Gallery; en Saint Paul, Minnesota, en la St. Paul Gallery; en Nueva York, en Kottler Galleries; en el Centro Cultural, de Palo Alto, Calif., e innumerables veces en Guadalajara, en la Galería Municipal, en la Universitaria, en el Centro de Arte Moderno y en el Instituto Cultural Cabañas, hace apenas unos meses, con crítica de Meza Inda.

Como en el caso de Mata, en que padre e hijo son pintores, en el de Coffeen, la vocación ha creador estirpe: Carlos Coffeen Serpas es figura consagrada ampliamente conocida; pero las "pequeñas" de la casa empiezan a caminar en sendas muy similares: Rocío estudió Publicidad en Artes Plásticas y ahora aprende pintura en una Academia particular; la más chica, Pilar, es alumna de Pintura en Artes Plásticas y ya ha expuesto en Ocotlán y en las Galerías Degollado, con motivo de los festejos de Mayo-FEG de este año.

El padre ha expuesto en numerosas colectivas en Guadalajara, Puerto Vallarta, la ciudad de México —Casa del Lago— y ha sido galardonado con la Medalla José Clemente Orozco, en 1984.

ALVARO OCHOA S.
El Colegio de Michoacán

Parte II

LA DISMINUCIÓN de la población "autóctona" no quiere decir me muerdo. Si bien se escapa a veces una "indita" en el repertorio musical abundan más las referencias a "china", "morena", "negra", "prieta" y sus diminutivos; un buen ejemplo lo sería el son original "de la Negra"; además mestizos, pardos y pintos aumentan el jolgorio con todo y tarima, en el mismo escenario donde se presenta

el fandango,

que viene a rellenar el hueco que va dejando el mitote, aquella manera de baile que comparó Fernández de Oviedo: "parecido a los cantares e danzas de los labradores (hispanos)".

El fandango llegó a la Nueva España "en el equipaje cultural de los colonos y conquistadores", andaluces en su mayoría, provenientes de los grupos más incultos y tradicionalistas del viejo mundo. Se pinta como "antiguo baile español muy común entre andaluces, cantando con acompañamiento de guitarra, castañuelas y hasta platillos y violín, a tres tiempos y con movimiento vivo y apasionado".

En la zona terracalienteña de jalMich la población negra también influye en esta manifestación danzarina: a la prehispánica tarima "la colocan sobre una excavación que cierra herméticamente para darle la sonoridad de un tambor". Hasta la artesanía se invierte para zapatear sobre ella. (14)

A una fiesta campesina de boda, cumpleaños, santo, bautizo, etc., no podían faltarle músicos del o de los ranchos quienes generalmente tocan por gusto y no por paga, ni la tarima en el patio

y dos tablas en el centro, que con la tierra rozando, sobre gigantescas ollas que se colocan debajo, han de aumentar el ruido de los recios zapateados que siempre dan los rancheros algún jarabe bailando. (15)

Así, el fandango se bailó con sus variantes rondeñas, malagueñas, granadinas, murcianas. "Y fandango quedó como nombre genérico de toda fiesta en que se bailara"; lo mismo en el altiplano donde "el músico de cuerda o de fandango puntea los sonecitos del país"; (16), en el bajo zamorano: Manuel Zamora, vecino de la hacienda del Jaramécuaro hizo un fandango "a virtud de haberse casado"; Francisco Rodríguez, vecino de Purépero,



Dibujado por ALFONSO DE LARA GALLARDO